Carta de Costa Rica
Después del *Mitch* y entre los muertos

Carlos Cortés

Como ocurrió hace años con el *Juana* o *Joan*, según se le mire, que devastó Bluefields y el Caribe nicaragüense, Costa Rica se quedó esperando el huracán, mirando cómo se alejaba de su atónita geografía, contemplando en silencio el espectáculo de la naturaleza, que sabe vengarse, y preguntándose, como ha hecho desde hace tres siglos, si es parte o no de Centroamérica, si quiere o no quiere serlo. Pero, muy a pesar de un aislamiento que se nutre no tanto de diferencias físicas como de condiciones históricas, políticas y socioeconómicas, lo es.

Solo en café se perdió en Nicaragua, Guatemala y Honduras el equivalente de la producción anual de Costa Rica. La magnitud de la catástrofe en el resto de la región fue de casi $7000 millones –el PIB de Nicaragua y El Salvador reunidos, en dólares de 1980–, mientras que en Costa Rica fue ínfima, y posiblemente será peor el efecto del fenómeno climático de *La Niña*, en el transcurso de 1999, acortando un ya de por sí efímero verano, o el peso de la inmigración ilegal nicaragüense, que se calcula entre medio millón y 800.000 personas. Un tema sensible, si se piensa que representa una quinta parte de la población.

Pero no fue la contemplación del infierno de agua y lodo en el centro urbano de Tegucigalpa lo que perturbó el proverbial letargo nacional sino algo mucho más concreto: la desaparición de un pueblo, Posoltega, en Nicaragua, al desplomarse una de las laderas del volcán Casitas. Un horror cercano, tangible.

El 3 de noviembre la prensa divulgó las peores fotos, las de la AFP, la única agencia que llegó casi por casualidad el día mismo del cataclismo, en la mañana, mostrando una selva de cadáveres en un cuadro de fango surrealista. Un Dalí demasiado real. En medio de la naturaleza muerta, gris, aterradoramente gris, manos, brazos, piernas, cuerpos desnudos o desnudados por la avalancha, como en una instalación conceptual. La fotografía como arte de la inmovilidad, de la fijeza, como imagen de la nada, sin vida, porque lo que se veía no estaba vivo ni parecía haber estado vivo nunca.

En Costa Rica el pasado fue un año de muertos y de poca vitalidad cultural, a pesar del Festival Internacional de las Artes, que atrajo a poetas

importantes como los mexicanos Jaime Sabines y José Emilio Pacheco y el chileno Gonzalo Rojas. Sergio Ramírez, a pesar de una agenda llena como flamante ganador del Alfaguara, volvió a ser un asiduo como no lo era desde los lejanos setentas, cuando vivió entre nosotros. Y por aquí también aparecieron, demasiado fugazmente, Fernando del Paso y Luis Alberto de Cuenca, entre los memorables. Rosa Montero pronunció una frase para la historia: «El escritor joven habla de los otros hasta cuando está hablando de sí mismo. En cambio, el escritor maduro habla de los otros cuando habla de sí mismo».

Pero muertos, lo que se dice muertos, hubo dos muy grandes. Y los dos Pacos. El siglo hizo por fin su criba. El primero, Francisco Zúñiga, murió ciego, de 86 años. Fue posiblemente el único artista realmente universal que dio Costa Rica –país pequeño, infierno grande, purgatorio modesto–, al menos en este siglo. Permaneció seis décadas en México donde se convirtió en uno de los escultores más importantes de Latinoamérica. Siendo apenas asistente de la edificación del Monumento a la Revolución, en México, el Museo de Arte Moderno de Nueva York adquirió una de sus famosas cabezas en ónix. Fue el primero en exponer en el Jardín de las Tullerías, en París, tiene su lugar en el Hirshorn Sculpture Garden de Washington y Japón le otorgó el gran premio de la Bienal Internacional de Escultura de 1984.

Zúñiga, como apellido artístico, es mucho más que una marca de fábrica. Fue el último de una gran escuela de imaginería religiosa, que proviene del siglo XVIII, y logró darle cuerpo y alma al indio y al mestizo mesoamericanos en sus bronces, tallas directas y litografías. Zúñiga hizo de Centroamérica una nación espiritual, un estado del alma. Alguna vez comentó que el arte, el verdadero arte, era un problema de dimensión y no de tamaño: un monumento gigantesco puede tener, en realidad, una importancia diminuta.

Su reverso fue Amighetti, cinco años menor que Zúñiga. El primero fue un genio de los grandes volúmenes, un hacedor expansivo. Amighetti, por el contrario, retrató el universo en espacios limitados, concéntricamente, hacia dentro. Descendiente de inmigrantes italianos y heredero del expresionismo alemán y del grabado japonés, fue fiel toda su existencia al ideal de la vanguardia: el artista total y la fusión del arte y la vida. Probablemente lo logró. Grabador, ante todo, pero también pintor, dibujante, memorialista y poeta –Carlos Martínez Rivas recogió su obra–, crítico de arte, humanista, maestro de generaciones. Viajó mucho, expuso en una veintena de países, incluso pasó por las subastas internacionales, pero su obra más perdurable, sus maderas en color o *cromoxilografías*, están estampadas

sobre la cerrada intimidad del Valle Central: pueblos, casi aldeas, rostros solos, pasiones escondidas.

Quizá el hecho más destacable del año fue el renacimiento de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), la más prestigiosa de la región hasta que la crisis de los años ochenta y la guerra la arruinaron. Los grandes autores abandonaron el barco y el catálogo encalló en tesis universitarias, escritores mediocres e invendibles textos por encargo. La inversión de casi un millón de dólares de la Unión Europea le permitió a EDUCA revivir el sueño del Primer Festival del Libro Centroamericano que conspiraron, en el ya prehistórico 1956, Alejo Carpentier y Miguel Angel Asturias. La actual Biblioteca Centroamerica puso en circulación medio millón de ejemplares de clásicos universales, contemporáneos y latinoamericanos destinados, de forma gratuita, a 5.000 bibliotecas escolares de las regiones más afectadas por el conflicto militar, como parte de un ambicioso proyecto de reconstrucción de las bases socioculturales y educativas de una sociedad democrática.

Gracias al Fondo de Cultura Económica, la colección implicó el rescate de clásicos mesoamericanos que, a pesar de originarse en Guatemala o México, eran desconocidos para los lectores locales: *El Popol Vuh*, *El Rabinal Achí*, *El Libro de los Libros del Chilam Balam* y *El Memorial de Sololá*. Además, EDUCA recuperó la edición canónica, de 1973, de *El señor presidente*, corregida especialmente por Asturias para aquella versión, la cual enmendaba por primera vez las ediciones castizas –o hispanizadas– que entonces circulaban.

La Biblioteca Centroamericana le dio aire a una nueva serie de antologías de narrativa y poesía correspondientes a cada país, preparadas por grandes autores –Roberto Sosa, para Honduras, Julio Valle-Castillo, para Nicaragua, Carlos Francisco Monge, para Costa Rica– y puso al día la edición de autores contemporáneos que habían desertado de la región, en busca de mejores expectativas editoriales, como Sergio Ramírez, Claribel Alegría, Ernesto Cardenal, Augusto Monterroso, Pablo Antonio Cuadra, Gioconda Belli y Ana Istarú.

La colección, cercana a los cien títulos e ilustrada en portada con obras originales de pintores centroamericanos –Armando Morales enmarca la poesía completa de la Belli, Elmar Rojas acompaña a *El señor presidente*–, se completó con una selección de maestros iberoamericanos, de Neruda, Vallejo, Carpentier y Pessoa –traducido por Octavio Paz– a Galeano, quien preparó especialmente sus *100 relatos breves*, pasando por Sábato y el propio Paz.